

- *Ladrón del tiempo*, de Terry Pratchett -
Avance editorial



La Concha de Gran A'Tuin
<http://mundodisco.dreamers.com/>

Ladrón del tiempo sale a la venta el 3 de julio de 2009
384 páginas - ISBN 9788401337260

Avance editorial distribuido en *La Concha de Gran A'Tuin* con permiso de los editores.

Título original: *Thief of time*

© 2001 Terry y Lyn Pratchett

Publicado por acuerdo con Transworld Publishers,
una división de Random House Group Ltd. Todos
los derechos reservados

© 2009 Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia 47-49. 08021 Barcelona

© 2009 Javier Calvo Perales, por la traducción

De acuerdo con el Primer Pergamino de Wen el Eternamente Sorprendido, Wen salió de la cueva donde había recibido la iluminación y se adentró en la alborada del primer día del resto de su vida. Se quedó mirando un tiempo el sol naciente, porque nunca antes lo había visto.

Dio un golpecito con su sandalia a la figura adormilada de Clodpool el aprendiz y dijo:

– He visto. Ahora entiendo.

Luego se detuvo y miró la cosa que había al lado de Clodpool.

– ¿Qué es esa cosa tan asombrosa? – preguntó.

– Esto... ejem... es un árbol, maestro – respondió Clodpool, que no se había despertado del todo –. ¿Se acuerda? Ya estaba aquí ayer.

– No hubo ningún ayer.

– Esto... ejem... Creo que sí lo hubo, maestro – dijo Clodpool, poniéndose de pie con esfuerzo –. ¿Se acuerda? Subimos hasta aquí y yo le hice la comida, y le quité la corteza a su *sklang* porque no la quería.

– Me *acuerdo* de ayer – admitió Wen en tono pensativo –. Pero es ahora cuando tengo el recuerdo en la cabeza. ¿Acaso ese ayer fue real? ¿O solamente es real el recuerdo? En verdad, yo no había nacido ayer.

La cara de Clodpool se convirtió en una máscara de incompreensión agónica.

– Querido y tonto Clodpool, lo he aprendido todo – dijo Wen –. En la palma de la mano no existe ni pasado ni futuro. Solamente existe el ahora. No hay otro tiempo que el presente. Tenemos mucho que hacer.

Clodpool vaciló. Había algo nuevo en su maestro. Tenía un resplandor en la mirada y cuando se movía brillaban en el aire extrañas luces de color azul plateado, como reflejos sacados de espejos líquidos.

– Ella me lo ha contado todo – continuó Wen –. Ahora sé que el tiempo se hizo para los hombres, y no al revés. He aprendido a darle forma y a plegarlo. Sé cómo hacer que un momento dure para siempre, porque ya ha sido así. Y te puedo enseñar esas habilidades hasta a ti, Clodpool. He oído los latidos del corazón del universo. Conozco las respuestas a muchas preguntas. Pregúntame.

El aprendiz le dirigió una mirada adormilada. Era demasiado temprano para ser tan temprano. Eso era lo único que tenía claro de momento.

– Esto... ¿qué quiere el maestro para desayunar? – dijo.

La mirada de Wen bajó desde donde estaban acampados y recorrió los campos nevados y las montañas de color púrpura en dirección a la dorada luz del día que estaba creando el mundo, y reflexionó sobre ciertos aspectos de la humanidad.

– Vaya – dijo él –. Una de las difíciles.

Para que algo exista, tiene que ser observado.

Para que algo exista, tiene que ocupar una posición en el tiempo y el espacio.

Y esto explica por qué nueve décimas partes de la masa del universo están sin catalogar.

Las nueve décimas partes del universo consisten en el conocimiento de la posición y dirección de todo lo que hay en la otra décima parte. Todo átomo tiene su biografía, toda estrella su expediente, todo intercambio químico su equivalente al inspector con su portapapeles. Están sin catalogar porque son las que están catalogando al resto, y es imposible estar encima de todo.*

Nueve décimas partes del universo, de hecho, son el papeleo. Y quien busca la historia debe recordar que las historias no se despliegan. Se entretajan. Una serie de acontecimientos que empiezan en lugares distintos y en momentos distintos terminan desembocando todos sobre ese único y diminuto punto en el espaciotiempo que es el momento perfecto.

Supongamos que alguien convence a un emperador para que se ponga una indumentaria nueva cuyo material es tan fino que, para el ojo común, no existe. Y supongamos que un niño señala este hecho con voz alta y clara.

Entonces tenemos la historia del emperador que no llevaba ropa.

Pero si supiéramos un poco más, sería el cuento del niño a quien su padre dio una zorra bien merecida por faltarle el respeto a la realeza y castigó sin salir.

O la historia de la multitud a quien la guardia reunió para decirles que esto no ha pasado, ¿vale? ¿Algo que decir?

O bien podría ser la historia de cómo un reino entero vio de pronto los beneficios de la «ropa nueva» y se volvió entusiasta de los deportes saludables** practicados en una atmósfera animada y refrescante, que fueron ganando muchos adeptos cada año y acabaron provocando una recesión al colapsarse la industria textil convencional.

Hasta podría ser la historia de la Gran Epidemia de Neumonía del 09.

Todo depende de cuánto sepa uno.

Supongamos que hemos pasado miles de años contemplando cómo la nieve se va acumulando lentamente, cómo se va comprimiendo y haciendo presión sobre la roca profunda de debajo hasta que el glaciar alumbra sus icebergs sobre el mar, y entonces podemos ver un iceberg que se adentra flotando por las aguas gélidas y conocer a su cargamento de felices osos polares y focas, todos llenos de ganas de iniciar una excitante nueva vida en el otro hemisferio, donde dicen que los témpanos de hielo están rellenos de crujientes pingüinos, y de pronto, ¡patapum! La tragedia

* Salvo en universos muy pequeños.

** Sobre todo los relacionados con pelotas de playa muy, muy grandes.

se cierne en forma de miles de toneladas de hierro inexplicablemente flotante y de una emocionante banda sonora...

... querríamos conocer la historia entera.

Y esta empieza con escritorios.

Se trata del escritorio de un profesional. Está claro que su propietario vive para trabajar. Hay... toques humanos, pero se trata de los toques humanos que permite la costumbre estricta en un mundo gélido de deber y rutina.

La mayoría se encuentran en el único elemento de verdadero color presente en esta escena de negros y grises: un tazón para el café. Alguien, en algún lugar, ha querido que fuera un tazón alegre. Tiene un dibujo bastante poco realista de un oso de peluche junto a la inscripción «Al mejor abuelito del mundo», y el ligero cambio de estilo de las letras en la palabra «abuelito» deja claro que el tazón está comprado en uno de esos tenderetes que tienen cientos de tazones idénticos, declarando que son para el mejor abuelito / papá / mamá / abuelita / tío / tía / espacio en blanco del mundo. Da la impresión de que únicamente alguien que no tuviera gran cosa más en la vida guardaría como oro en paño semejante baratija.

En el momento presente, el tazón está lleno de té, con una rodaja de limón.

La superficie inhóspita del escritorio también contiene un abrecartas con forma de guadaña y varios relojes de arena.

La Muerte levanta el tazón con su mano esquelética...

... y dio un sorbo, tras el que solo se detuvo para mirar de nuevo la inscripción que había leído miles de veces antes de dejar el tazón sobre la mesa.

MUY BIEN, dijo, en tono de campanas fúnebres. ENSÉÑAMELO.

El último objeto que había sobre el escritorio era un artillugio mecánico. «Artillugio» era exactamente la palabra que lo definía. La mayor parte del mismo la formaban dos discos. Uno de ellos era horizontal y contenía retales cuadrados muy pequeños, colocados en círculo, de lo que resultará ser alfombra. El otro estaba colocado en vertical y tenía un gran número de brazos, cada uno de los cuales sostenía una tostadita muy pequeña untada de mantequilla. Cada tostada estaba colocada de forma que girara libremente mientras la rotación de la rueda la hacía descender sobre el disco de la alfombra.

CREO QUE ESTOY EMPEZANDO A COGER LA IDEA, dijo la Muerte.

La pequeña figura que había junto a la máquina hizo un saludo marcial enérgico y sonrió, si es que una calavera de rata podía sonreír. A continuación se cubrió las cuencas oculares con unos anteojos protectores, se levantó los bajos de la túnica y trepó hacia el interior de la máquina.

La Muerte nunca había tenido del todo claro por qué permitía que la Muerte de las Ratas tuviera un existencia independiente. Al fin y al cabo, ser la Muerte comportaba ser la Muerte de todo, incluyendo a los

roedores de todas clases. Pero tal vez todo el mundo necesita una parte minúscula de sí mismo a la que pueda permitir, metafóricamente, correr desnudo bajo la lluvia,* que piense los pensamientos impensables, que se esconda en rincones y espíe a los demás, que cometa las acciones prohibidas pero agradables.

Lentamente, la Muerte de las Ratas accionó los pedales. Las ruedas empezaron a girar.

—Emocionante, ¿eh? —dijo una voz ronca junto al oído de la Muerte. Pertenece a Dijo, el cuervo, que se había sumado a la población de la casa en calidad de transporte personal y amigote de la Muerte de las Ratas. Tal como siempre decía, él solamente se había apuntado por si pillaba algún ojo.

Las alfombras empezaron a girar. Las tostaditas diminutas las golpearon al azar, a veces con un chapoteo de mantequilla y a veces sin él. Dijo miró con atención, por si en aquel asunto había globos oculares involucrados.

La Muerte vio que se había invertido tiempo y esfuerzo en diseñar un mecanismo que volviera a untar de mantequilla cada tostada a su vuelta. Un mecanismo todavía más complejo contaba el número de alfombras embadurnadas.

Después de un par de rotaciones completas, la aguja que indicaba la proporción de alfombras embadurnadas se movió hasta el sesenta por ciento, y en ese momento las ruedas se detuvieron.

¿Y BIEN?, dijo la Muerte. SI LO HICIERAS OTRA VEZ, PODRÍA SER MUY BIEN QUE...

La Muerte de las Ratas tiró de una palanca de marchas y empezó a pedalear de nuevo.

¡¡¡, ordenó. La Muerte se acercó obedientemente.

Esta vez la aguja solamente subió hasta el cuarenta por ciento.

La Muerte se acercó todavía más.

Los ocho retales de alfombra manchados de mantequilla la segunda vez eran exactamente los mismos que habían quedado limpios la primera.

Dentro de la máquina roncaban unas ruedas dentadas de aspecto arácnido. Del mecanismo salió un letrero, bastante tembloroso, sujeto con un resorte de muelles, que provocó un efecto visual equivalente al de la palabra «boing».

Un momento después, se encendieron dos bengalas con un destello y siguieron chispeando entrecortadamente a ambos lados de la palabra MALIGNIDAD.

La Muerte asintió. Era justo lo que había sospechado.

Atravesó su estudio, con la Muerte de las Ratas correteando delante de él, y llegó a un espejo de cuerpo entero. Estaba oscuro como el fondo de un pozo. El marco tenía calaveras y huesos labrados, por mantener las apariencias: la Muerte no se podía mirar a la calavera en un espejo

* Una actividad bastante sobrevalorada.

rodeado de querubines y de rosas.

La Muerte de las Ratas trepó por el marco en medio de un revuelo de zarpas y se quedó mirando expectante a la Muerte desde encima. Dijo revoloteó hasta allí y le dio un picotazo a su propio reflejo, basándose en que todo merecía un intento.

MUÉSTRAME, dijo la Muerte. MUÉSTRAME... MIS PENSAMIENTOS.

Apareció un tablero de ajedrez, pero era triangular y tan grande que solamente se podía ver la punta más cercana. En aquella punta se encontraba el mundo: tortuga, elefantes, pequeño sol orbital y todo. Era el Mundodisco, que existía únicamente al borde de la improbabilidad total y, por tanto, en terreno fronterizo. El terreno fronterizo es donde se cruza la frontera, y a veces se cuelan en el universo cosas que tienen en mente bastante más que una vida mejor para sus hijos y un futuro maravilloso en la industria de los servicios domésticos y la recogida de fruta.

Todos los demás triángulos blancos o negros del tablero de ajedrez, hasta llegar al infinito, estaban ocupados por figuras pequeñas y grises, parecidas a pequeñas túnicas vacías con capucha.

¿Por qué ahora?, pensó la Muerte.

Los reconoció. No eran formas de vida. Eran... formas de no-vida. Eran los observadores del funcionamiento del universo, sus funcionarios, sus *auditores*. Se encargaban de que las cosas giraran y las rocas cayeran.

Y creían que para que algo exista, necesita tener una posición en el espacio y el tiempo. La llegada de la humanidad les había dado un susto desagradable. La humanidad prácticamente consistía por completo en cosas que carecían de posición en el espacio y el tiempo, cosas como la imaginación, la compasión, la esperanza, la historia y la creencia. Si se les quitaba esas cosas, no quedaba más que un simio que se caía muy a menudo de los árboles.

La vida inteligente era, por tanto, una anomalía. Desordenaba toda la clasificación. Los Auditores aborrecían aquella clase de cosas. Y cada cierto tiempo intentaban ordenarlo un poco todo.

El año anterior, los astrónomos del Mundodisco entero se habían quedado perplejos al ver cómo las estrellas giraban suavemente por el cielo mientras la tortuga del mundo ejecutaba un viraje. El grosor del mundo nunca les permitió verlo, pero la cabeza anciana de Gran A'Tuin había salido disparada hacia abajo para apartar de un mordisco el asteroide que venía a toda velocidad y que, de haber impactado, habría significado que ya a nadie le haría falta comprarse una agenda.

No, el mundo podía hacerse cargo de las amenazas obvias como aquella. Así que ahora las túnicas grises se decantaban por escaramuzas más sutiles y cobardes en su deseo incansable de un universo donde no pasara nada que no fuera completamente predecible.

El efecto «lado de la mantequilla hacia abajo» no era más que un indicador trivial pero elocuente. Mostraba un aumento de la actividad. Rendíos, era el mensaje eterno de las túnicas grises. Volved a ser manchas

en el océano. Las manchas no dan problemas.

Pero el gran juego continuaba a muchos niveles, la Muerte lo sabía. Y a menudo era difícil saber quién estaba jugando.

TODA CAUSA TIENE SU EFECTO, dijo en voz alta. POR TANTO, CADA EFECTO TIENE SU CAUSA. Hizo un gesto con la cabeza hacia la Muerte de las Ratas. MUÉSTRAME, dijo la Muerte. MUÉSTRAME... UN PRINCIPIO.

Tic

Era una noche glacial de invierno. El hombre aporreaba la puerta de atrás, haciendo que resbalara la nieve desde el tejado.

La chica, que había estado admirando su sombrero nuevo en el espejo, ajustó el escote ya bajo de su vestido para hacerlo un poco más revelador, por si acaso el visitante era un hombre, y fue a abrir la puerta.

Una figura se perfiló sobre la luz gélida de las estrellas. Ya se le estaban acumulando los copos de nieve sobre la capa.

—¿La señora Ogg? ¿La comadrona? —inquirió.

—Señorita, si no le importa —dijo ella con orgullo—. Y también bruja, claro. —Señaló su nuevo sombrero puntiagudo negro. Todavía estaba en la fase de llevarlo puesto en casa.

—Tiene que venir de inmediato. Es muy urgente.

De pronto pareció que a la chica le entraba el pánico.

—¿Es la señora Tejedor? Me parece que no salía de cuentas hasta dentro de dos sem...

—He venido desde muy lejos —dijo la figura—. Dicen que es usted la mejor del mundo.

—¿Cómo? ¿Yo? ¡Pero si solamente he estado en un parto! —dijo la señorita Ogg, que ahora parecía acorralada—. ¡Sedes Pectiva tiene mucha más experiencia que yo! ¡Y la vieja Minnie Descaradia también! La señora Tejedor iba a ser mi primer parto yo sola, porque es más grande que un armari...

—Le pido disculpas. No le hago perder más tiempo.

El desconocido se retiró a las sombras moteadas de copos de nieve.

—¿Hola? —dijo la señorita Ogg—. ¿Hola?

Pero allí no había nada, salvo huellas de pisadas. Que se detenían en mitad del camino cubierto de nieve...

Tac

Alguien aporreó la puerta. La señora Ogg dejó en el suelo al niño que tenía sentado en la rodilla y fue a abrir el pestillo.

Una figura oscura se perfilaba sobre el horizonte de aquel cálido atardecer estival, y tenía algo extraño en los hombros.

— ¿Señora Ogg? ¿Ya se ha casado usted?

— Ajá. Dos veces — dijo la señora Ogg en tono risueño—. ¿Qué puedo hacer por ust...?

— Tiene que venir de inmediato. Es muy urgente.

— No sabía yo que nadie estuviera...

— He venido desde muy lejos — dijo la figura.

La señora Ogg hizo una pausa. Había algo raro en la forma en que el hombre había pronunciado la palabra «lejos». Y se había dado cuenta de que la sustancia blanca que tenía sobre la capa era nieve, derritiéndose a toda prisa. Un vago recuerdo se agitó.

— Bueno, pues — dijo ella, porque en la última veintena aproximada de años había aprendido mucho—. No le digo que no, y siempre haré todo lo que pueda, pregunte a cualquiera. Pero yo no diría que soy la mejor. Siempre estoy aprendiendo cosas nuevas, yo.

— Oh. En ese caso, ya volveré a llamarla en un... momento más conveniente.

— ¿Por qué tiene nieve en los...?

Pero aunque no fue exactamente que se esfumara, el desconocido ya no estaba presente.

Tic

Alguien aporreó la puerta. Tata Ogg dejó con cautela su coñac de antes de acostarse y contempló un momento la pared. Una vida entera de brujería en el límite* había afinado en ella una serie de sentidos que casi nadie llegaba nunca realmente a saber que tenía, y algo le hizo «clic» en la cabeza.

En el fogón, el cazo para su botella de agua caliente estaba a punto de hervir.

Dejó su pipa sobre la mesa, se levantó y abrió la puerta en aquella medianoche de primavera.

— Has venido desde muy lejos, supongo — dijo, sin mostrar ninguna sorpresa ante la figura oscura.

— Así es, señora Ogg.

— Todos los que me conocen me llaman Tata.

Examinó la nieve a medio derretir que le goteaba de la capa al hombre. Hacía un mes que no nevaba allí arriba.

— Y me imagino que es urgente, ¿no? — dijo, a medida que se

* Una bruja del límite es aquella que se gana la vida en los límites, en esos momentos en que se aplican las condiciones de frontera: entre la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, el bien y el mal y, lo más peligroso de todo, entre hoy y mañana.

desplegaba el recuerdo.

— Ciertamente.

— Y ahora has de decirme: «Tiene que venir de inmediato».

— *Tiene* que venir de inmediato.

— Pues bueno — dijo ella —. Diría que sí, que soy una comadrona bastante buena, aunque esté mal que lo diga yo. He traído cientos al mundo. Hasta a trolls, que no es un trabajo para novatas. Me sé los partos del derecho y del revés y a veces casi hasta de lado. Aunque siempre he estado dispuesta a aprender cosas nuevas. — Bajó la vista con humildad —. No diría que soy la mejor — continuó —, pero tengo que decir que no se me ocurre nadie mejor que yo.

— Tiene que venir conmigo ahora mismo.

— Ah, con que «tengo» que hacerlo, ¿eh?

— ¡Sí!

Las brujas del límite piensan a toda velocidad, porque los límites pueden cambiar muy deprisa. Y aprenden a percibir cuándo se está desplegando una mitología, y cuándo lo mejor que se puede hacer es entrar en su camino y correr para no quedarse atrás.

— Voy a buscar...

— No hay *tiempo*.

— Pero no puedo salir así como así y...

— *Ahora*.

Tata cogió de detrás de la puerta la bolsa de los partos que siempre guardaba allí para las ocasiones como aquella, llena de las cosas que sabía que querría y algunas que siempre rezaba para no necesitar nunca.

— Vale — dijo.

Y salió.

Tac

El agua estaba apenas empezando a hervir en el fogón cuando Tata regresó a su cocina. Se quedó mirando el hervidor un momento y luego lo apartó del fuego.

Seguía quedando un poco de coñac en la copa que tenía junto a la silla. La vació de un trago y luego volvió a llenarla hasta arriba con la botella.

Cogió su pipa. La cazoleta seguía caliente. Dio una calada y las ascuas crepitaron.

Luego sacó algo de su bolsa, que ahora estaba considerablemente más vacía y, copa de coñac en mano, se sentó a mirarlo.

— Vaya — dijo por fin —. Esto ha sido muy... inusual...

Tic

La Muerte vio cómo la imagen se diluía. Unos cuantos copos de nieve que habían salido volando del espejo ya estaban derretidos en el suelo, pero en el aire seguía flotando un aroma a humo de pipa.

AH, YA VEO, dijo. UN PARTO, EN CIRCUNSTANCIAS EXTRAÑAS, PERO ¿ES AHÍ DONDE ESTABA EL PROBLEMA O ES AHÍ DONDE VA A ESTAR LA SOLUCIÓN?

Iic, dijo la Muerte de las Ratas.

CIERTO, dijo la Muerte. ES MUY POSIBLE QUE TENGAS RAZÓN. PERO SÍ SÉ QUE LA COMADRONA NO ME LO DIRÁ NUNCA.

La Muerte de las Ratas pareció sorprendida.

—¿Iic?

La Muerte sonrió.

¿LA MUERTE? ¿PREGUNTANDO POR LA VIDA DE UN BEBÉ? NO. ELLA NO ME LO DIRÍA.

—Perdonadme —dijo el cuervo—. Pero ¿cómo puede ser que la señorita Ogg se convirtiera en la señora Ogg? Me suena un poco a arreglo rural, no sé si me entendéis.

LAS BRUJAS SIGUEN LOS LINAJES MATERNOS, dijo la Muerte. LES RESULTA MUCHO MÁS FÁCIL CAMBIAR DE HOMBRE QUE CAMBIAR DE APELLIDO.

Regresó a su escritorio y abrió un cajón.

De allí sacó un grueso tomo encuadernado en negro. En la portada, allí donde en otros libros parecidos podría leerse «Nuestra boda» o «Álbum de fotos marca Acme», decía «RECUERDOS».

La Muerte pasó con cautela las gruesas páginas. Algunos de los recuerdos se escaparon mientras lo hacía, formando antes de que la página terminara de pasar imágenes fugaces en el aire, que se alejaban volando y se deshacían en los rincones lejanos y oscuros de la sala. También se oyeron retazos de sonido, de risas, lágrimas, gritos y por alguna razón un breve arranque de música de xilófono, que provocó una pausa momentánea en la Muerte.

Los inmortales tienen mucho que recordar. A veces es mejor guardar las cosas en un lugar seguro.

Un recuerdo antiguo, marrón y de bordes agrietados, remoloneó en el aire de encima del escritorio. Mostraba a cinco figuras, cuatro de ellas a caballo, la quinta en cuadriga y todas aparentemente saliendo al galope de una tormenta eléctrica. Los caballos iban a galope tendido. Había mucho humo y llamas y excitación general.

AH, LOS VIEJOS TIEMPOS, comentó la Muerte. ANTES DE QUE SE PUSIERA DE MODA ESTO DE TENER UNA CARRERA EN SOLITARIO.

¿Iic?, se interesó la Muerte de las Ratas.

OH, SÍ, dijo la Muerte. AL PRINCIPIO ÉRAMOS CINCO. CINCO JINETES. PERO YA SABES CÓMO SON LAS COSAS. SIEMPRE HAY ALGUNA PELEA. DESACUERDOS CREATIVOS, HABITACIONES DESTROZADAS, ESA CLASE DE COSAS. Suspiró. Y SE DICEN COSAS QUE TAL

VEZ NO SE TENDRÍAN QUE HABER DICHO.

Pasó unas cuantas páginas más y volvió a suspirar. Cuando necesitabas un aliado y eras la Muerte, ¿en quién podías confiar a ciegas?

Su mirada pensativa se posó en el tazón con el oso de peluche.

Por supuesto, siempre estaba la familia. Sí. Había prometido no volver a hacer aquello, pero nunca les había cogido el tranquillo a las promesas.

Se levantó y regresó al espejo. No había mucho tiempo. Las cosas que se veían en el espejo estaban más cerca de lo que parecía.

Se oyó el susurro de un resbalón, hubo un instante de silencio sin resuello y por fin un estrépito como si alguien hubiera dejado caer una bolsa de bolos.

La Muerte de las Ratas hizo un gesto de dolor. El cuervo levantó el vuelo a toda prisa.

AYUDADME A LEVANTARME, POR FAVOR, dijo una voz procedente de las sombras. Y LUEGO, POR FAVOR, LIMPIAD ESA MALDITA MANTEQUILLA.

Tac